

La rosa de los vientos

Paula Bombara

Ilustraciones de Brenda Ruseler

loqueleo

Bajo la parra

Aquella tarde Federico observó con atención a su amigo, que se rascaba la cabeza con los ojos abiertos, sin mirar nada en particular.

—Hablemos con mi papá —le propuso—. ¿Te acordás cuando fuimos a Uruguay con él? Tus viejos te dieron permiso enseguida.

—Sí, pero ahora no quiero viajar con ningún padre —le respondió Gastón, sin dejar de mirar la nada.

—Algún mayor va a tener que venir. Te guste o no, es así. ¡Dale! ¿Lo voy a buscar? —Federico, ya parado, empujó con cariño el brazo de Gastón.

Gastón levantó los ojos y los hombros en un solo movimiento. “Lo único que me importa es viajar”, pensó. Las pupilas negras de su amigo recibieron el mensaje.

El papá de Federico se estaba limpiando las manos

cuando su hijo asomó la cabeza por la ventana del estudio.

—Pa, ¿podés venir un ratito que te queremos hacer una pregunta?

Pedro tiró hacia el caballete el trapo manchado de colores viejos fijando la mirada en su hijo.

—Sí, claro. ¿Qué pasa? ¡Tenés una voz!

8 —No, nada. Es que estamos discutiendo con Gastón y... Capaz que vos podés ayudarnos.

—Mmmm... La parra es un buen lugar para resolver problemas.

Gastón esperaba sentado a la mesa de madera que Pedro había hecho para ellos años atrás. Con el dedo tocaba los dibujos grabados a fuego en las tablas. Se demoró unos instantes sobre las letras que formaban su nombre; empezó a recorrerlas con los dedos crispados. Sintió un pinchazo en las yemas y se detuvo.

—Bueno, acá estoy —dijo el padre de su amigo, tan cercano como un tío para él—. ¿Qué los tiene tan serios y callados?

—¡Ey! —Federico chasqueó los dedos delante de los ojos de Gastón—. ¡Despertate, loco! ¿Qué te pasa?



Gastón lo miró, pero se mantuvo callado. Una onda de luz fue y vino de los ojos negros a los ojos verdes. Era un silencio que los dos amigos entendían. Gastón no podía hablar libremente; no quería revelar la verdadera razón del viaje. La onda de luz se deshizo en los ojos negros de Federico cuando comenzó a hablar.

10

—Queremos ir de vacaciones a Sierra de la Ventana para escalar el Tres Picos, pa. Eso.

Que Federico dijera las cosas así hizo que Gastón se sintiera desnudo. Como si de un tirón le hubieran arrancado la ropa. Su amigo no escondía excusas. Jamás se embarullaba con palabrería.

—Mmm, eso... Un viaje.

El padre de Federico se sentó con calma y miró las ramas de la parra. Sin hojas parecían mucho más frágiles de lo que en realidad eran. Cerró los ojos unos segundos. Se concentró en el problema de los chicos.

—¿Y dónde van a dormir?

—En lo del tío Norber —contestó Gastón con desánimo—. Él no tiene problema. El problema es la plata... y que mi papá me dé permiso.

—Mmmm... —Pedro abrió los ojos, el turquesa

intenso del cielo lo hizo pestañear—. No entiendo, chicos, esas caras de velorio teniendo un plan tan lindo para las vacaciones. No me cierra que sea eso lo que los tiene mal... Ustedes saben que, por suerte, el dinero podemos juntarlo. Y hablar con tu viejo nunca fue un problema, Gastón, ¿qué es lo que pasa?

—Gastón ya habló y Jorge no quiere que viajemos solos. Dice que Gastón aún no está listo. Que no es momento de hacer ningún viaje.

—Voy a hablar por teléfono con tu papá —dijo Pedro dirigiéndose a Gastón—. ¿Está en el negocio?

—Sí, creo que sí.

Pedro y Jorge hablaron un rato largo. Más tarde, el padre de Federico les explicó que muchas veces el miedo hace que los padres cuiden por demás a los hijos, que no puedan ver más allá de aquello que les da temor. Jorge había tenido un accidente subiendo el Tres Picos y tenía mucho miedo de que Gastón tuviera algún problema allá arriba.

—Pero pude convencerlo —dijo Pedro, con una sonrisa.

Gastón lo miró con admiración. Su padre no era un tipo fácil de convencer. Pedro leyó eso en su cara.

—Vos te olvidás de que soy amigo de tu viejo desde la infancia, querido. ¡Le conozco todas las mañas! Y estuve con él cuando se cayó escalando el Tres Picos. Así que imagínate... Eso sí: alguien tiene que ir con ustedes. Pensamos en Santiago...

12 —¿Santiago? —Gastón se asombró: su hermano mayor jamás había viajado con él. Pasar unos días de vacaciones juntos era algo que nunca se le habría ocurrido—. ¿Y él quiere viajar con nosotros?

—No sé. Le tienen que preguntar.

—¡Ojalá! —dijo Federico—. Estaría rebueno, ¿no?

—No te hagas ilusiones, Fede, vos viste cómo es mi hermano: no le gusta estar con nadie... No creo que se enganche —le respondió Gastón volviendo a fijar los ojos en su nada particular.

Santiago

Cuando Jorge le pidió que viajara con Gastón y Federico, Santiago hizo silencio. En su mente se mezclaron cierta expectativa (“¡podría cumplir con lo que me pidió el abuelo!”) y resentimiento (“de golpe se acordaron de que soy el hermano mayor”).

Gastón siempre había sido como un cachorro que lo miraba con ansiedad, listo para abalanzarse sobre él a la primera señal que le diera. Por eso nunca le había dado ninguna. Eran muchos los años que se llevaban y difícil la relación que él tenía con la mamá de su hermano.

Santiago solo había hablado de estas cosas con el abuelo Juancho. Pero Juancho ya no estaba, había muerto el año anterior, dejándolo con muchas conversaciones pendientes, con muchos embrollos adentro.

Y en aquella ocasión, cuando su abuelo lo llamó para despedirse y él fue corriendo a verlo al hospital,

Santiago se encontró con su hermano, que abrazaba en silencio los pies del abuelo. Recién ahí se enteró de que había alguien más destrozado que él.

Desde la muerte del abuelo, Gastón era el esqueleto de una sombra. Ni el colegio ni los padres ni la psicóloga ni su amigo Federico habían podido reanimarlo. Santiago, como siempre, se había mantenido al margen. ¿Le importaba? Sí, claro, al fin y al cabo, Gastón era su único hermano. Pero qué podía decirle él, que se sentía igual de triste y de solo...

Pensó en Juancho. Se acordó de lo que había conversado con el abuelo aquella última tarde.

—Gastoncito está muy mal, le va a costar salir del duelo —le dijo después de que su hermano saliera de la habitación—. Vas a tener que ayudarlo...

—¿Yo? ¿Cómo, abuelo, si nunca fuimos hermanos del todo? —Santiago se desesperó, ¿cómo explicar la distancia que había tomado? Estaba del otro lado de un río donde la única balsa que iba y venía era su abuelo.

—¿Qué decís, Santiaguito? Ustedes son hermanos del todo, ¿qué importa que no tengan la misma sangre?

—No... No lo digo porque tengamos distinta madre, lo digo porque nunca compartimos nada. Yo no sé de qué hablar cuando estoy con él. —Santiago bajó la cabeza avergonzado—. Me pone nervioso, ¡me mira como esperando que haga algo!

—¡Dejate de joder, Santiago! —Juancho le agarró la cara con las dos manos y lo atrajo hacia sí—. ¡Sos su hermano mayor! ¿Qué necesitás que te diga para apiolarte de lo que le pasa? ¡El pibe quiere ser como vos!, ¿no te das cuenta?

—Pero, abuelo..., si soy un desastre, ¿cómo alguien va a querer ser como yo?

—Nunca fuiste un desastre, querido. Solo tuviste algunos despistes, como cualquier corredor que se precie...

—Vamos, abuelo...

—Date cuenta: ahora vivís solo, tenés un trabajo, estudiás... Saliste del pozo, Santiago.

—Pero puedo volver a caer. Y no quiero arrastrar a nadie...

Cada vez que recordaba aquella conversación, Santiago terminaba con los ojos hinchados. Su abuelo le había cortado el rollo de la autocompasión con crudeza: “Estás desperdiciando una de las mejores

cosas que te dio tu padre: un hermano. Así que dejate de pavadas, ¿me oíste?”.

Y después le hizo un pedido que se grabó en su estómago acalambrado por la pena: “Escalá con Gastón el Tres Picos. Solo eso te pido”.

16 Ahora su padre le preguntaba si podía acompañar a Gastón y a Federico a Sierra de la Ventana. Ni que alguien supiera el encargo que el abuelo le había confiado. No podía dejar pasar una oportunidad como esta.

Sin embargo, le costaba responderle de buen modo. Más después de aquella noche, cuando lo echaron de su casa y lo apartaron del hermano por considerarlo “peligroso”.

—¿Y por qué lo tengo que acompañar yo? —le preguntó a Jorge, dando prioridad al resentimiento.

—Creemos que a Gastón le va a hacer bien ir con vos.

—¿Vos y quiénes más piensan eso?

—Hijo, no empieces. No quiero discutir. Te estoy pidiendo un favor y Mariana está de acuerdo.

—Lo pienso y te llamo —contestó Santiago antes de cortar la comunicación.

Esa noche llamó y lo atendió Gastón. El corazón se le aceleró un poco cuando escuchó la voz apagada de su hermano.

—Hola, qué hacés, Gastón, soy...

—¿Santi?

—Sí... Llamaba para avisarte que ya arreglé todo en el trabajo y puedo acompañarte a Sierra. Avisale a papá, ¿sí?

—Bueno... ¡Gracias!

—Chau.

—Chau.

Santiago se sentó en el balcón de su departamento y abrió una botella de jugo de naranja. “A tu salud, abuelo”, pensó mientras daba el primer trago.